

Hernando Alvarado Tezozómoc y los dioses prehispánicos

Sergio Botta

Departamento de Historia, Antropología, Religiones, Artes, Espectáculo
Sapienza Universidad de Roma

La *Crónica mexicana* de Hernando Alvarado Tezozómoc constituye uno de los ejemplos asombrosos de la “historiografía de tradición indígena”¹ que comenzó a desarrollarse en la Nueva España durante el siglo XVI. El cronista autor de dicha obra, publicada por primera vez en 1598, fue uno de los más destacados representantes de aquel ámbito historiográfico que en el contexto novohispano supo producir originales relatos históricos que, en un ambiente hegemonizado por una escritura de estilo europeo, formaban un conjunto de “literaturas escritas alternativas”.² También desde el punto de vista de los temas religiosos, la *Crónica mexicana* representa un *unicum*. Aunque se produjo varias décadas después de la llegada de los españoles, en un contexto colonial, por lo tanto, en larga parte europeizado, la magna obra de Tezozómoc se ubica de forma original adentro de la tradición de la llamada *Crónica X*, de la que obtiene la mayoría de su material narrativo.³ A pesar de la estrecha familiaridad con aquellas crónicas novohispanas,

¹ José Rubén Romero Galván, *Los privilegios perdidos. Hernando Alvarado Tezozómoc, su tiempo, su nobleza y su Crónica mexicana*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2003, 170 p. (Teoría e Historia de la Historiografía, 1); y del mismo autor como coordinador, *Historiografía mexicana*, v. I, *Historiografía novohispana de tradición indígena*, Juan Antonio Ortega y Medina y Rosa Camelo (coord. gral.), México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2003, 368 p.

² Martin Liendhard, *La voz y su huella: Escritura y conflicto étnico-social en América Latina (1492-1988)*, La Habana, Casa de las Américas, 1990, 413 p.

³ Robert Hayward Barlow, “La Crónica X”, en *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, Sociedad Mexicana de Antropología, México, v. 7, p. 65-87; Ignacio Bernal, “Durán's *Historia* and the *Crónica X*”, translated by Doris Hayden and Fernando Horcasitas, in Diego Durán, *The History*

el punto de vista de Tezozómoc sobre la religión prehispánica, y sobre el papel de los dioses mesoamericanos en la vida de su pueblo, se manifiesta como extremadamente novedoso y hace falta todavía un detenido y meticuloso análisis de su contenido.

De hecho, la biografía de Tezozómoc⁴ revela la existencia de un personaje de importancia capital en la historia de la Nueva España. Como es notorio, Tezozómoc fue descendiente directo de los linajes nobles más influyentes adentro de la tradición mexica tenochca. Su madre, Francisca de Moctezuma, era hija del *tlahtoani* Moctezuma Xocoyotzin, mientras que su padre, Diego de Alvarado Huanitzin, era sobrino de otro *tlahtoani*: Axayácatl. Además, el padre de Tezozómoc no solo había gobernado el pueblo de Ecatepec en la época prehispánica, sino que también en la primera etapa colonial había sido gobernador de la parcialidad indígena de la Ciudad de México hasta su muerte en 1542. A pesar de su papel activo en la administración novohispana, Diego estuvo involucrado en un proceso inquisitorial por el obispo Zumárraga, cuando fue sospechoso de haber apoyado a cuatro socios que escondían ídolos e imágenes

of the Indies of New Spain, translated, annotated and with an introduction by Doris Heyden, Norman, Norman, Oklahoma/London, University of Oklahoma Press, 1994, xxxvi-642 p. (Civilization of American Indian series, 210), p. 565-578; Sylvie Peperstraete, *La "Chronique X": Reconstitution et analyse d'une source perdue fondamentale sur la civilisation Aztèque, d'après l'Histoire de las Indias de Nueva España de D. Durán (1581) et la Crónica mexicana de F. A. Tezozomoc (ca. 1598)*, Oxford, Archeopress, 2007, 602 p. (British Archaeological Reports International Series, 1630); Clementina Battcock, "La *Crónica X*: sus interpretaciones y propuestas", *Orbis Tertius*, Universidad Nacional de la Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria, v. XXIII, n. 27, junio-noviembre, 2018. [Disponible en < <https://www.orbistertius.unlp.edu.ar/article/view/OTe067>>].

⁴ Germán Vázquez Chamorro, "Alvarado Tezozómoc, el hombre y la obra", en Hernando de Alvarado Tezozómoc, *Crónica mexicana*, ed., introd. y notas de Gonzalo Díaz Migoyo y Germán Vázquez Chamorro, Madrid, Historia 16, 1997, 554 p. (Crónicas de América, 76), p. 33-59.

de dioses prehispánicos.⁵ Estas acusaciones dirigidas contra el padre de Tezozómoc muestran cuán controvertida y delicada fue la incorporación de los herederos de la tradición aristocrática indígena adentro de la administración colonial novohispana, sobre todo en relación con la extirpación de la idolatría.

Tezozómoc, que nació probablemente a finales de los años treinta del siglo XVI, debía tener alrededor de sesenta años cuando emprendió la redacción de su crónica. Sin embargo, la condición política de los herederos de la nobleza prehispánica había sufrido una drástica decadencia en aquel entonces. Después de los años setenta del siglo XVI, la Corona de España quiso limitar los privilegios otorgados a aquellos importantes mediadores culturales e interrumpir las relaciones privilegiadas que ellos entretenían, por ejemplo, con las Órdenes religiosas en la Nueva España. Como ya se ha notado, pues, la *Crónica mexicana* representa uno de los más contundentes ejemplos de la necesidad de afirmación socio-política de aquellos últimos representantes de una nobleza derrumbada que reclamaban sus privilegios perdidos.⁶ Así pues, el proyecto historiográfico de Tezozómoc se desarrolla como una forma de exhibir los méritos de su linaje y por ende exigir aquellos derechos personales que le habían extirpado en la Nueva España. A través del largo relato que describía minuciosamente el irreemplazable papel político de su linaje, Tezozómoc trataba mostrar como las instituciones políticas novohispanas (y quizás también las instituciones religiosas) no hubieran podido construir y manejar una sociedad armónica sin apoyarse en aquellos

⁵ David Tavárez Bermúdez, *Las guerras invisibles. Devociones indígenas, disciplina y disidencia en el México colonial*, Oaxaca, Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca/El Colegio de Michoacán/Centro de Investigación y Estudios Supiores en Antropología Social/Universidad Autónoma Metropolitana, 2012, 552 p., p. 80-81.

⁶ José Rubén Romero Galván, *Los privilegios...*, *op. cit.*

líderes que en el pasado habían permitido la construcción de la civilización prehispánica, y que hubieron podido garantizaban la reproducción de aquellos equilibrios también en la sociedad colonial.

Para cumplir sus objetivos retóricos, la *Crónica mexicana* asume pues un tono épico, que pretende esbozar la imagen triunfal de la familia de Tezozómoc como eje central de la civilización del Altiplano central. En este contexto narrativo, la representación de la religión prehispánica representa un trascendente instrumento retórico, ya que permite a Tezozómoc construir un sujeto colonial conscientemente oscilante,⁷ que sabe sapientemente fluctuar entre el pasado idólatrico y el presente cristiano.⁸

El cronista debía su gran conocimiento del pensamiento cristiano al hecho de que probablemente su formación europea se había desarrollada adentro del Colegio de Tlatelolco, cuando todavía este proyecto pedagógico estaba experimentando su apogeo en el contexto novohispano (Kobayashi, 1974).⁹ Al mismo tiempo, Tezozómoc, como descendiente de los más destacados *pipiltin* mexica, pudo gozar de un conocimiento autónomo de la tradición religiosa prehispánica, de la cual supo exhibir un conocimiento impresionante a lo largo de su obra. A pesar de la distancia temporal de la Conquista, la *Crónica mexicana* representa pues una fuente esencial para el conocimiento de la religión

⁷ Nicolás Wey Gómez, "¿Dónde está Garcilaso? La oscilación del sujeto en la formación de un discurso transcultural", *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, Centro de Estudios Literarios Antonio Cornejo Polar/Tufts University, Department of Romance Languages, Medford, Massachusetts, a. 17, n. 34, 1991, p. 7-31.

⁸ Salvador Velazco, *Visiones de Anáhuac. Reconstrucciones historiográficas y etnicidades emergentes en el México colonial: Fernando de Alva Ixtlilóchitl, Diego Muñoz Camargo y Hernando Alvarado Tezozómoc*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 2003, 308 p.

⁹ José María Kobayashi, *La educación como conquista. Empresa franciscana en México*, México, El Colegio de México, 1974, 226 p.

prehispánica, ya que nos brinda con una multitud de noticias y detalladas descripciones, sobre todo relacionadas con elementos rituales. De hecho, las descripciones de los rituales sacrificiales juegan un papel esencial en el proyecto historiográfico de Tezozómoc y en la construcción de una representación de la religión prehispánica. En primer lugar, en los retratos de los rituales mexica, Tezozómoc reproduce fórmulas retóricas europeas, que se enfocan en los aspectos idolátricos y violentos del sacrificio. A menudo, estos rituales dirigidos hacia el “gran diablo Huitzilopochtli” se describen como producto de “abominable crueldad y carnicería”.¹⁰ Aparentemente, Tezozómoc se muestra perfectamente integrado en el contexto cristiano novohispano y parece haber incorporado cada forma de condena hacia las prácticas rituales indígenas.

Sin embargo, su peculiar locus de enunciación revela un punto de vista complejo. En distintos momentos de su obra, las palabras utilizadas para condenar a la idolatría aparecen como repeticiones de fórmulas retóricas, diseñadas con el objetivo de “tranquilizar” al lector cristiano. Así que los sacrificios destinados al “gran dios o gran diablo del Huitzilopochtli” pueden ser representados en una misma página como “cosas ordenadas del demonio por tener almas <que> llevar al infierno” y al mismo tiempo como instrumentos para “confederar con n<uest>ra patria y nación mexicana y tributar al *tetzahuitl* Huitzilopochtli, pues tan baleros

¹⁰ Hernando de Alvarado Tezozómoc, *Crónica mexicana*, ed., introd. y notas de Gonzalo Díaz Migoyo y Germán Vázquez Chamorro, Madrid, Historia 16, 1997, 554 p. (*Crónicas de América*, 76), p. 397.

dios y señor es de los mexicanos, y sujetarnos a esta rreal corona como a berdaderos hermanos en armas”.¹¹

Desde el punto de vista religioso, pues, la acusación contra la idolatría no se debe considerar como discurso predominante en la obra de Tezozómoc. En ese sentido, la *Crónica mexicana* desarrolla una representación propia de las religiones prehispánicas – inspiradas por modelos orales – adentro de un marco escritural dominante europeo, reutilizado de forma fluctuante y creativa: de hecho, “el discurso cristiano que demoniza los ritos sacrificiales mexicas no opaca pues la importancia ni el tono laudatorio en las descripciones de dichos rituales”.¹² A lo largo de la entera *Crónica mexicana*, los sacrificios humanos y la guerra se presentan en cambio como la razón principal de ser del imperio, como una forma de control político de los pueblos tributarios y de gestión ideológica de las fuerzas sobrenaturales.

Por lo tanto, si nos enfocamos en la representación de las deidades prehispánicas que Tezozómoc ofrece a sus lectores, notaremos de inmediato cómo la *Crónica mexicana*, desde el punto de vista de su retórica religiosa, se puede describir como la epopeya de un pueblo encauzado por su dios patrono: Huitzilopochtli. De hecho, la obra, y por ende la historia toda de los pueblos del Altiplano, se abre con el relato mitológico de la peregrinación que los Mexica realizaron a partir del templo de Huitzilopochtli en Aztlan. El mito, que ya se había relatado en la Nueva España por ejemplo en el libro tercero de la *Historia general*

¹¹ *Ibid.*, p. 412-413.

¹² Nadia Cervantes, “La estética de los sagrado: Historia, *performance* y ritual en la *Crónica mexicana* de Hernando Alvarado Tezozómoc”, *Revista de Estudios Hispánicos*, Washington University in St. Louis, Saint Louis, Missouri, t. 52, n. 1, marzo, 2018, p. 123-145.

de fray Bernardino de Sahagún, asume aquí otro sentido, aunque su contenido se parezca suficientemente a la versión sahauntina. Si el fraile había contado el mito del nacimiento y de las victorias de Huitzilopochtli sobre sus enemigos como un modelo representativo de las “fabulas y ficciones” a través de las cuales el demonio engañaba al pueblo mexicano,¹³ en la obra de Tezozómoc, en cambio, el dios patrono mexica representa el eje de la perfecta teocracia que el imperio mexica aspira a ser: el dispositivo teológico-político necesario para garantizar su edificación, su propagación y su triunfo. A partir de los enfrentamientos bélicos contra las amenazantes hermanas Malinalxochitl y Coyolxauhqui, los éxitos míticos de Huitzilopochtli conforman un modelo ejemplar de conducta para los *tlahtoani* mexica y para todos los *pipiltin*, de quienes por supuesto Tezozómoc se consideraba legítimo heredero. De hecho, la legitimación religiosa del dominio de los soberanos mexica sobre el Altiplano central no mira solamente hacia el pasado, sino que constituye el instrumento retórico a través del cual Tezozómoc trata planear una eficaz estrategia de reposicionamiento en el orden colonial, en un momento en que sus antiguos privilegios políticos ya estaban a punto de perderse definitivamente.

Como prueba de la grandeza de Huitzilopochtli, y empero también de la gran diferencia con respecto a los demás dioses mesoamericanos, encontramos el uso redundante que Tezozómoc hace del término náhuatl *teztahuítl*, empleado como epíteto específico del dios patrono y que se reproduce decenas de veces a lo largo de la crónica. El vocablo *tetzahuítl* aparece frecuentemente en la tradición

¹³ Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*, 2 v. introducción, paleografía, glosario y notas de Alfredo López Austin y Josefina García Quintana, Madrid, Alianza, 1988 (Alianza Universidad, 560-561), v. 1, p. 201.

literaria novohispana, especialmente en la producción de frailes franciscanos. Por ejemplo, en el vocabulario de la lengua mexicana elaborado por fray Alonso de Molina, *tetzahuitl*, parecía significar “cosa escandalosa, o espantosa, o cosa de agüero”.¹⁴ El mismo Sahagún utilizó repetidamente el concepto de *tetzahuitl* para indicar las manifestaciones de los dioses en el ámbito histórico, sobre todo como anuncio o causa de acontecimientos negativos futuros. De forma particular, Sahagún utilizó *tetzahuitl* para indicar la intervención de tres figuras divinas (entre las cuales figuraba el mismo Huitzilopochtli) que desencadenaron los acontecimientos dramáticos que hubieron producido la caída de Tula. Ahora bien, si en este contexto literario el concepto de *tetzahuitl* llegó a significar también un conjunto de manifestaciones portentosas y sobrehumanas (abusiones, agüeros, augurios, prodigios, portentos, presagios, pronósticos, maravillas, señales, escándalos y espantos,¹⁵ es evidente que Tezozómoc recurría a este término aludiendo principalmente a otro aspecto de su campo semántico. No obstante, de hecho, el cronista se muestre consciente del uso que los franciscanos hicieron del concepto de *tetzahuitl* para condenar los aspectos idolátricos relacionados con las creencias en portentos y prodigios, en cambio, acentúa un significado del término que le permite indicar a Huitzilopochtli como dios excepcional entre los demás dioses, así como los Mexica deberían ser hegemónicos entre los demás pueblos de Mesoamérica. En distintos momentos del relato el lector puede apreciar como

¹⁴ Alonso de Molina, *Vocabulario en lengua castellana/mexicana, mexicana/castellana*, estudio preliminar de Miguel León Portilla, 4a. ed. México, Porrúa, 2001. 162 fol. (Biblioteca Porrúa de Historia, 44).

¹⁵ Miguel Pastrana Flores, “La idea de *tetzahuitl* en la historiografía novohispana. De la tradición náhuatl a la Ilustración. Comentarios preliminares”, en *Estudios de cultura náhuatl*, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, México, v. 47, enero-junio, 2014, p. 238-239.

los enfrentamientos de los Mexica contra sus enemigos (pronto destinados a volverse sus vasallos y tributarios) se representan a través del artificio teológico-político de una lucha entre dioses patronos. Pensemos, por ejemplo, a las palabras que el principal de Huexotzingo, enemigo mortal e invencible de los Mexica, pronuncia en frente a Moctezuma Ilhuicamina en el medio de los dramáticos enfrentamientos entre los dos pueblos. Ahí, el soberano se dirige hacia “el gran dios *tetzahuitl* Huitzilopochtli” para que les permita socorrer a su pueblo herido y también limpiar el templo del Mixcoatl Camaxtle.¹⁶ En el libro primero de su *Historia general*, Sahagún había aseverado que los habitantes de Tlaxcala (y por ende también los de Huexotzingo) llamaban a Huitzilopochtli como Camaxtle.¹⁷ Por supuesto, mientras que Sahagún se contenta con juzgar negativamente a ambas deidades, es decir como diabólicas entidades guerreras, en cambio Tezozómoc nos muestra un dispositivo teológico-político mesoamericano en acción. El vínculo entre el dios patrono y su pueblo, de un lado, y la lucha entre distintos pueblos como imagen de la competencia entre dioses hegemónicos, del otro, representaban pues algunos de los principios fundamentales en la regulación de los equilibrios políticos mesoamericanos.¹⁸ Por supuesto, desde el punto de vista de la historia de las religiones, no se debe correr el riesgo de interpretar este dispositivo teológico-político como una tendencia hacia el “monoteísmo”; en cambio, como es notorio, el campo divino mesoamericano fue repleto de un

¹⁶ Hernando de Alvarado Tezozómoc, *Crónica...*, *op. cit.*, p. 419.

¹⁷ Bernardino de Sahagún, *Historia...*, *op. Cit.*, v. 1, p. 37.

¹⁸ Pedro Carrasco, “Las bases sociales del politeísmo mexicano: los dioses tutelares”, en *Actes du XLIIe Congrès International des Américanistes*, 8 v., Paris, Société des Américanistes, 1979, v. VI, p.11-17.

número impresionante de dioses,¹⁹ cuyo culto, por supuesto, había perdido mucha de su importancia a finales del siglo XVI, a pesar de los intentos de los herederos de la nobleza prehispánica de perpetrar su memoria en forma oculta. Tezozómoc es perfectamente consciente de la presencia de múltiples deidades en la época prehispánica, sin embargo, los demás dioses encarnan aspectos que, adentro de su locus de enunciación, juegan un papel menos relevante. De hecho, Tezozómoc nos reproduce, en distintos lugares de su obra, listas impresionantes de deidades, que aparecen en discursos rituales de dignitarios y embajadores, y que merecerían ser analizadas detenidamente, ya que sobre diversos de estos dioses no hay noticias en fuentes novohispanas. Pensemos, por ejemplo, a los numerosos momentos rituales en los cuales los sacerdotes mexica personificaban a distintos dioses: “E luego desde aquel día se començaron de aperçibir los saçerdotes del templo y el mayoral de los saçerdotes tomó el abito y debisa de Huitzilopochtli, otro tomó la deuisa del dios Quetzalcoatl, otro tomó la figura [96r] del dios Tezcatlypuca, otro del dios Tlalocateuctli, otro se trasmudó en Yuhualgihua, otro de Chalchiuhtliycue, otro de Yzquitecatl, otro de Tlamatzin, otro del Apanteuctli, otro del Mictlanteuctli, otro de Ytzpapatl, otro del Opochtli, otro del Chicnauhahuecatl, otro de Çihuacoatlycue, otro en Toçihuatl, que todos estos rremedauan a los dioses antiguos de los mexicanos”.²⁰ El lector podrá notar, en este caso también, como estas listas sirven al mismo tiempo para mostrar la complejidad del sistema ritual mexica, pero sobre todo para reafirmar la

¹⁹ Enrique Florescano, “Sobre la naturaleza de los dioses de Mesoamérica”, en *Estudios de cultura náhuatl*, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, México, v. 27, 1997, p. 41-67; Molly H. Bassett, *The Fate of Earthly Things: Aztec Gods and God-Bodies*, Austin, Texas, University of Texas Press, 2015, xii-283 (Recovering Languages and Literacies of the Americas).

²⁰ Hernando de Alvarado Tezozómoc, *Crónica...*, *op. cit.*, p. 300.

hegemonía lógica de Huitzilopochtli sobre la realidad divina. En este, como en otros muchos pasos de su crónica, se aprecia como Tezozómoc tenía un conocimiento impresionante del ámbito religioso mexica y manejaba un nivel de detalles que se podía conseguir solamente habiendo recibido una educación tradicional, como la que en la época prehispánica se impartía en el *calmecac*. Es decir que no se trata simplemente de la comprensión simple y general del sistema religioso mexica que podía tener un *macehualli*, sino de un hombre que conocía íntimamente a la compleja sintaxis del ritual mexica, a los miles de nombres, epítetos y funciones de las deidades, a la barroca redundancia del campo divino.

A confirmación del modelo teológico-político utilizado por Tezozómoc para organizar la representación del campo divino mesoamericano, tenemos unos pasos de su obra que aparentemente constituirían una excepción a la regla del dominio simbólico de Huitzilopochtli. De hecho, no obstante en la *Crónica mexicana* el dispositivo ritual mexica se dirige enteramente hacia Huitzilopochtli, hay unos momentos en los cuales también el culto hacia otros dioses juega un papel decisivo. Uno de estos ejemplos se encuentra cuando el joven *tlahtoani* Ahuiztotl, por ser inexperto y soberbio, inadvertidamente causa la célebre inundación del Acuecuexcatl. El episodio es bien conocido por ser relatado en distintas fuentes novohispanas relacionadas con la *Crónica X*. El soberano mexica, tratando de tomar el control sobre unas fuentes para satisfacer los pedidos de agua potable de la creciente población de Mexico Tenochtitlan, ordena a sus nobles que maten al legítimo soberano de Coyoacán, el nigromántico Tzutzumatzin, que se había negado en conceder el uso de sus fuentes. Sin

embargo, el homicidio del soberano tepaneca origina una gravísima ruptura de los equilibrios políticos y cósmicos del Valle de México, ya que, en aquel entonces, las antiguas enemistades entre los dos pueblos ya se habían solucionado a través de la edificación de una exitosa alianza. En el relato de Tezozómoc el conflicto político se vuelve de inmediato un hecho de naturaleza sobrenatural. En efecto, cuando los Mexica traen las aguas que provienen de las fuentes de Acuecuexcatl hacia la laguna en donde se funda su ciudad, estas empiezan a fluir sin parar, como si fueran empujadas por agentes sobrehumanos, y producen la dramática inundación de Mexico Tenochtitlan. Para detener a estas “aguas sobrenaturales”, Ahuitzotl tiene que frenar su ambición y reparar a los daños provocado invocando la acción ritual y compensatoria de sus *tlamacazque*, quienes se dirigen, por supuesto, al dios Tláloc, la deidad de las aguas a quien se debe el equilibrio de los recursos hídricos de la laguna. Aunque a primera vista la presencia de Tláloc parezca configurar una disminución del papel central de Huitzilopochtli, en cambio confirma la función teológico-política de cada relato en la obra de Tezozómoc. La acción ritual sirve, otra vez, para legitimar el dominio de los Mexica en el Altiplano, pero al mismo tiempo funciona como dispositivo teológico-político que garantiza el equilibrio entre las fuerzas políticas aliadas que tenían que contribuir conjuntamente a la grandeza del imperio.

En conclusión, cabe notar que la *Crónica mexicana* relata la historia de la hegemonía de los Mexica hasta su dramático derrumbe, es decir hasta la imprevisible llegada de los españoles bajo el reino del *tlahtoani* Moctezuma Xocoyotzin. A pesar de la gran complejidad del relato que Tezozómoc nos brinda,

y de las notables variantes que se aprecian comparándolo con otras fuentes novohispanas, si nos centramos detenidamente en los peculiares instrumentos retóricos utilizados por nuestro cronista, se notará otra vez más la función de Huitzilopochtli como eje central de toda la historia mesoamericana. De hecho, en el momento en que portentos sobrenaturales se presentan al *tlahtoani*, incapaz de entender el significado de los signos que a él se dirigen, el tiempo de la dinastía se acaba. En el epílogo de esta larga épica, Moctezuma percibe la necesidad de ir en búsqueda de Huemac, el rey cuya conducta incorrecta había producido el fracaso mítico de la Tula de los Tolteca. En las dramáticas páginas que relatan el definitivo fracaso del *tlahtoani*, se nota una singular forma de alejamiento retórico de Huitzilopochtli, quien, después de haber procurado el apogeo de su pueblo, parece retirarse de la historia, dejando el paso a los nuevos dueños de Mesoamérica.